

LO QUE RUEDA POR MADRID

I

LOS COCHES

Decía Alejandro Dumas, padre, que para escribir una novela bastaba echarse á la calle y buscarla. «Traduciendo al castellano» el profundo pensamiento del gran novelista, repetiré yo que para conocer la vida de una población moderna populosa, de este Madrid de mis pecados, por ejemplo, no se necesita más que coger el sombrero y lanzarse por ahí sin quitar ojo á cuantos vehículos pasen. Ya sé que la tarea es ardua, que ahora no estamos en los apacibles tiempos en que sólo cruzaban la capital esa ó la otra silenciosa silla de manos tallada, con su dama de peluca blanca dentro, ó tal cual áurea carroza, de pesadas ruedas, propiedad de algún linajudo Grande de España que fuera á Palacio embutido en el casacón.



¿Carroza dije? Pues «mi novela» ha comenzado con negro. Una mancha negra solicita mis miradas: es un coche fúnebre con caballos y auriga de negra indumentaria. La muerte no se concibe de otro matiz, y no es un convencionalismo. Lo negro es la ausencia de todo color, es el aniquilamiento de cuanto el sol hace lucir, es la muerte. El túmulo ambulante viene de dejar su difunto y sus coronas. Una corona significaba antes un tributo al genio, al artista, y la muestra de admiración no se prodigaba. Hoy es un recuerdo de los sobrinos desconsolados á los tíos á quienes heredan, un «objeto» que debiera de figurar en los regalos de boda «útiles». En las primeras de don Alfonso XII llegó á

Palacio un prócer en una carroza de seis trotones, y se le advirtió que las prácticas palatinas sólo autorizaban ese tiro á las personas reales. Á los Grandes de España no les era permitido usar sino cuatro cuartagos. Ya lo saben los mesócratas: cuando se mueran llevarán categoría de nobles, y si su bolsillo se lo permite, de príncipes; pero únicamente en los entierros se autorizan los seis corceles. Siempre es una compensación.

Contemplando el tránsito de la triste comitiva, con la tablilla del «se alquila» en alto, distingo un simón «á bordo» de su manuela. Ante todo, ¿por qué se llama así el coche de alquiler «abierto»? Lo ignoro. Quizás es uno de tantos bautizos de ese barrio bajo gráfico y lleno de sal, casando el nombre simpático, español, de chula fresca y franca con la índole del vehículo, honrada, transparente, sincera. Porque la manuela es inmaculada, no tiene cortinillas. Su vida es más efímera que la de la berlina: es el carruaje de las tardes primaverales en el Retiro, de la ida á las estaciones del ferrocarril para los que veranean, con los mismos riesgos que su hermana: el suicida que hay que llevar á la casa de socorro. Como la



berlina, es también un símbolo de la vida moderna que necesita llegar de prisa á todas partes.

Con nosotros se cruza un coche de guiar, que arrastra un poderoso tronco de fina estampa. Es un vehículo destinado «á eso», á pasear á los paquidermos afortunados para que digieran su pienso, lo cual da al carruaje tanta importancia como al bargeño donde su amo guarda los caudales propios. El servicio de tal vehículo es cómodo; sólo sale á la calle dos ó tres horas, y no siempre, sino única-



mente cuando hay algún par de animales que «no trabajan» y es necesario sacar á los señoritos tordos ó píos á que les dé el aire.

Pago, doy la propina y me apeo de la manuela. Una nota tiernísima me atrae. Una jardinerita de niños dispónese á emprender su paseo con su dulce carga bajo las frondosas copas de los árboles. Un rapacillo de sombrero marinero cabalga en el tranquilo jumento que tira del carruaje soñado. So-



ñado, sí; soñado por centenares de ángeles rubios que no salen de casa sin que el padre complaciente les